

LOS INMIGRANTES SE CONVIERTEN EN UN DON

Queridos Diocesanos:

En nuestras sociedades individualistas se detecta un temor e incluso un rechazo del inmigrante. No son pocos los que, ante la llegada de inmigrantes, tienen miedo de perder su propia identidad o de disminuir su posición económica o social. Estos miedos, que suelen ser alentados de manera interesada por los populismos, provocan reacciones de desconfianza e incluso de violencia. El Papa Francisco nos ha ofrecido una serena reflexión sobre este tema en la Encíclica “Fratelli Tutti” (sobre todo en los nn. 37-41 y 128-141).

Lo primero que debemos considerar es que el inmigrante no es menos persona que los que viven en el país. Cuando no se les considera suficientemente dignos de participar en la vida social como cualquier otro, “se olvida que tienen la misma dignidad intrínseca de cualquier persona” (n. 39). Nadie dirá que no son humanos pero, en la práctica y con el modo de tratarlos se está mostrando que se les considera menos valiosos y, quizás, menos humanos.

Debemos considerar también que, detrás de la inmigración, hay vidas que se desgarran. Muchos escapan del hambre, la guerra o de catástrofes naturales. Otros sueñan con una oportunidad de mejorar su vida y la de sus familias. Es verdad que lo ideal es evitar las migraciones innecesarias, que siempre suponen un desarraigo doloroso. Esto implica ayudar a que en sus países de origen tengan posibilidades reales de vivir con dignidad. Pero también es cierto que todo ser humano tiene derecho de encontrar el lugar donde pueda desarrollarse integralmente tanto él como su familia. Son cuatro los verbos que suele repetir el Papa en sus mensajes sobre la inmigración: acoger, proteger, promover e integrar.

El Papa invita también a pensar que “la llegada de personas diferentes, que proceden de un contexto vital y cultural distinto del nuestro, se convierte en un don” (n. 133), porque nos brinda la oportunidad de enriquecernos y nos alienta a crecer. La relación y el contraste con una cultura o una forma de pensar diferente, nos ayuda a percibir mejor lo propio y alienta una sana apertura a nuevas síntesis que benefician a todos.

Pero, más allá de estas consideraciones que pueden parecer utilitaristas, “existe la gratuidad. Es la capacidad de hacer algunas cosas porque sí, porque son buenas en sí mismas, sin esperar ningún resultado exitoso, sin esperar inmediatamente algo a cambio” (n. 139). Esta actitud nos permite acoger al extranjero, aunque esto no traiga un beneficio inmediato que sea tangible. El inmigrante no es un peligroso usurpador de nada ni un inútil que no aporta nada a la sociedad. “Solo una cultura social y política que incorpore la acogida gratuita podrá tener futuro” (n. 141).

En definitiva, hemos de ir más allá de las reacciones primarias y aprender a integrar creativamente a los otros. Si nos dejamos llevar por el miedo, perderemos la oportunidad de encuentro con el otro, con el que es diferente. El inmigrante no es un ser peligroso, sino alguien que tiene la misma inalienable dignidad de todo ser humano y, por ello, es siempre una bendición.